



# Pateras, tomates, pescados y nucleares

Colectivo Sureste

## 1. Introducción

La alarma causada ante la futura instalación de centrales nucleares en Marruecos se ha convertido en eje de la actividad pública de los ecologistas canarios y de otros colectivos ciudadanos –bien es cierto que después de meses de denuncia solitaria en el *Canarias7* por el periodista José Naranjo–. La oposición al uso militar o civil de la energía nuclear en cualquier lugar es y ha sido inequívoca por parte de quienes firmamos este artículo. Nadie tiene derecho a utilizar una tecnología cuyos inmensos peligros no han sido nunca exagerados, más bien al contrario, siguen infravalorándose. No obstante, provoca una irónica sonrisa ver cómo se oponen a las nucleares marroquíes los discípulos de quienes insultaban a los ecologistas hace veinte o treinta años, preguntándoles si querían alumbrarse con velas y volver a las cavernas; o aquellos que se niegan a apoyar en el Parlamento un acta de defunción para la energía nuclear en España. Cinismo es el término apropiado para muchas de las cosas que estamos viendo.

Pero las nucleares son sólo uno de los motivos por los que Marruecos se encuentra continuamente en los medios de comunicación canarios en los últimos tiempos; otros son los que destaca el título de este artículo. Pero la cantidad de noticias no garantiza, ni mucho menos, la calidad de la información. Además, la tendencia a la simplificación en los medios de comunicación, propia de la

*Provoca una irónica sonrisa ver cómo se oponen a las nucleares marroquíes los discípulos de quienes insultaban a los ecologistas hace veinte o treinta años*

*La relación  
entre la renta  
per cápita de la  
nación  
industrial más  
rica, Suiza, y la  
del país no  
industrializado  
más pobre,  
Mozambique, es  
de 400 a 1*

sociedad del espectáculo, deja mucho espacio para la demagogia y, en ocasiones, contribuye más a confundir que a aclarar las situaciones. Así que nos parece necesario tratar el problema de las centrales nucleares marroquíes junto a otras cuestiones claves que ilustran nuestras actuales relaciones con Marruecos, asunto éste del que, en realidad, queremos hablar.

Los problemas reseñados en el título (Pateras, tomates...) deben enmarcarse en un contexto general para comprenderlos mejor. Es más, las cuestiones enunciadas son ya una evidencia de que el asunto a tratar se inscribe en la lucha por unos recursos escasos. Hace ya tiempo que la vieja división del mundo en bloques militares, el Este y el Oeste, ha desaparecido. Ahora el gran desafío al que nos enfrentamos es la abismal diferencia entre la riqueza y, por lo tanto, la salud, que media entre pobres y ricos. Tan sólo el deterioro medioambiental puede generar tanta inquietud hoy en día. Pero estos dos problemas son, en el fondo, parte de la misma realidad. Puede decirse que la inmensa pobreza que asola buena parte del planeta constituye el principal componente del desastre medioambiental que vamos construyendo. Son los inmensos residuos de los ricos, y el destrozo causado en muchos ecosistemas por la imperiosa necesidad de sobrevivir de los pobres, las dos caras de una misma moneda: el capitalismo. Un sistema que provoca, a la vez, tres consecuencias: una riqueza como nunca se había conocido, para tanta gente como nunca se vio; una pobreza como nunca se había conocido, para tanta gente como nunca se vio; y un destrozo del entorno natural igualmente desconocido y desproporcionado.

¿Cuán grande es, realmente, el abismo que media entre ricos y pobres y qué está ocurriendo con él? A grandes rasgos, puede decirse que la relación entre la renta per cápita de la nación industrial más rica, Suiza, pongamos por caso, y la del país no industrializado más pobre, Mozambique, es de 400 a 1. Hace doscientos cincuenta años, esta relación entre la nación más rica y la más pobre era quizás de 5 a 1, y la diferencia entre Europa y, por ejemplo, el este o el sur de Asia (China o India) oscilaba entre 1,5 y 2 a 1.

¿Sigue ahondándose hoy este abismo? En los extremos, la respuesta es claramente afirmativa. Por esta razón, los ricos tenemos la clara obligación de contribuir a que los pobres salgan de la miseria. En caso contrario, harán lo que sea con tal de apoderarse de cuanto necesitan para sobrevivir. Ya estamos comprobando lo difícil que resulta impedirles la entrada a nuestro jardín del edén, pues la riqueza constituye un imán irresistible y la pobreza da alas; no

puede aislarse, como a algunos les gustaría. De modo que nuestra paz y prosperidad dependen del bienestar de los demás.

## **2. Pateras**

Desde hace casi una década, Marruecos se ha convertido en el principal país exportador de mano de obra a Europa. Este proceso va a continuar y, probablemente, su flujo se incrementará en el futuro. Precisamente, éste es el problema por el que más se habla de Marruecos en Canarias: la arribada de pateras. Hecho éste que demuestra la falsedad de aquel proverbio romano: *pecunia non olet*, el dinero no huele. Pero el dinero sí huele, hasta el punto de que su olor atrae a personas desde muy lejos. Y es que Canarias forma parte de ese mundo rico al que pretenden acceder multitud de personas que viven en el de los pobres, pues los canarios somos ya quince veces más ricos que los marroquíes, y esa desigualdad no hace sino aumentar.

En Canarias surgen brotes de clara xenofobia y se escuchan opiniones para todos los gustos: ley de residencia, refuerzos policiales para impedir la entrada, persecución de las mafias marroquíes del tráfico de inmigrantes, necesidad de que Marruecos se desarrolle económicamente, solicitudes de mano de obra marroquí para atender a la agricultura del Archipiélago, etc. Porque hacer, lo que se dice hacer, sólo una cosa: perseguirles denodadamente para *cazarlos* e impedirles la entrada al hipermercado 'Islas Canarias', un intento inútil a largo plazo de mantener *reservado el derecho de admisión*.

La afluencia de inmigrantes se ha mezclado recientemente en los medios de comunicación con la necesidad de *sangre joven* para el mantenimiento de nuestras pensiones. En este sentido, los intentos de confundir a la opinión pública europea son deplorables. Resulta que el problema es que no les salen las cuentas, cuando las cuentas son bien sencillas: somos una sociedad más envejecida que hace dos o tres décadas pero muchísimo más rica, así que dinero no falta. Se trata, por consiguiente, de un problema de índole política. Si la creación del Estado del bienestar fue fruto de un pacto político, su desmantelamiento es, igualmente, una medida política, no técnica. Otra cosa es que nadie se atreva a decir públicamente lo que se pretende hacer.

Los inmigrantes van a constituir, se quiera o no, una parte fundamental de esta sociedad en un futuro bien próximo. Además, los canarios no van a poder esgrimir de la misma manera que alemanes o franceses sus diferencias con una emigración que viene de los

*Desde hace casi una década, Marruecos se ha convertido en el principal país exportador de mano de obra a Europa*

mismos lugares de donde llegaron los primeros pobladores a estas Islas. En la península va a pasar algo parecido: los evidentes componentes árabes de la cultura española muestran una cierta cercanía con quienes llegan. Y aunque estas peculiaridades deberían ayudar a generalizar posturas más solidarias, no es esto, desgraciadamente, lo que está pasando. El Ejido ha dado nombre a la última cacería contra los emigrantes, a la vez que constituye un nuevo paso en la vergüenza que produce ver al gobierno español apoyando a un alcalde racista. También aquí las actitudes racistas del Alcalde de La Oliva fueron generosamente recompensadas por el PP.

La figura del emigrante está poniendo en cuestión, además, el estado de derecho en Europa. Son la prueba palpable de que no existe igualdad jurídica para quienes se encuentran en el mismo suelo, hasta el punto de que han vuelto a existir los campos de concentración Europa, o de internamiento; lugares donde la arbitrariedad administrativa ha sustituido a los derechos de la persona. Esta situación se agrava ante el hecho de que, incluso cuando se autoriza su estancia, el inmigrante puede estar seguro de que será tratado de forma discriminatoria. El inmigrado, convertido en la figura emblemática de la relación Norte-Sur, tiene un estatus incierto: se le busca y se le rechaza. En el fondo, nos gustaría que fuera nómada, que desapareciera cuando ya no tiene utilidad. De hecho, así se está planteando desde el Gobierno español el futuro de la inmigración: contratos temporales para realizar trabajos concretos y tratar de evitar a toda costa la integración.

*Incluso cuando se autoriza su estancia, el inmigrante puede estar seguro de que será tratado de forma discriminatoria*

Esta situación, que va tomando cuerpo en nuestra sociedad, no está encontrando reflejo, más que mínimamente, en los movimientos sociales alternativos de Canarias. Existe una asignatura pendiente: dedicar una atención preferente a los sectores más pobres de nuestras Islas: los 'sin'. Los 'sin papeles', los 'sin techo', los 'sin trabajo', gentes que en muchos casos han venido de fuera –en Lanzarote, desde luego, la mayoría de los más necesitados son foráneos–. La realidad es que hay que participar en la lucha o en el socorro de los más necesitados entre los que comparten nuestra casa. Y eso apenas se está haciendo en Canarias. No es cuestión, como se dice habitualmente, de ser tolerantes, hay que ir más allá. La tolerancia es, con frecuencia, una relación desigual, en la cual alguien tiene asignada una posición inferior. Tolerar es un acto de poder, ser tolerado una aceptación de la debilidad. Nuestro objetivo debería consistir en ir más allá de la tolerancia, en llegar al respeto mutuo.

Sin embargo, si uno atiende a lo que se publica, parecería que los

canarios nos hemos convertido en el paradigma del respeto mutuo. Resulta difícil encontrar a alguien que no defienda que la mejor solución a esta cuestión es que los marroquíes puedan alcanzar el desarrollo económico suficiente en su territorio para que no se vean obligados a venir al nuestro. Ahora bien, con las declaraciones de buenas intenciones, lo mejor que puede hacerse es contrastarlas con la actuaciones reales. Es decir, fiarse de lo que se hace mucho más que de lo que se dice.

### **3. Tomates**

Comencemos, pues, por la agricultura, el sector determinante de la economía marroquí, donde las ayudas serán fundamentales para el desarrollo de aquel país. Al contrario de lo que se dice, a la hora de la verdad, se intenta impedir ese desarrollo en el momento en que se muestra competitivo con el nuestro, con el de los ricos. Cómo, si no, valorar la guerra declarada contra el tomate marroquí: “El portavoz y asesor jurídico de FEDEX, Roberto Goiriz, adelantó ayer que solicitarán al Gobierno español que ‘denuncie ante la Organización Mundial de Comercio (OMC) la competencia desleal (*dumping*) laboral y social de Marruecos’. Marruecos posee un margen comercial superior al 30% frente a los productos españoles, como consecuencia de los menores costes que soporta al pagar ‘salarios de miseria’ y no garantizar ni las coberturas sociales ni las sanitarias”.\*

Cuando los ricos, normalmente adalides del libre comercio mundial, ven una peseta en peligro por la competencia de los pobres se vuelven decididamente proteccionistas. Y además ciegos: ¿cómo, desde un sector agrícola masivamente subvencionado por los fondos de la Unión Europea, puede hablarse de competencia desleal? No dudan, pues, en competir *lealmente* con el tomate marroquí de tres maneras, todas ellas muy *solidarias*: las subvenciones europeas, el proteccionismo y la *importación* de jornaleros marroquíes a los que poder pagar aquí esos ‘salarios de miseria’.

En este punto, se juntan a veces, a la hora de analizar algunos aspectos de la globalización económica, el cinismo de determinados empresarios con las orejeras ideológicas de muchos radicales. Aun admitiendo los serios problemas que genera la libre circulación de capitales a nivel mundial, resulta mucho más discutible esa generalizada indignación contra los sueldos de miseria y las pésimas condiciones sociales de los trabajadores del Tercer Mundo, que acceden a puestos de trabajo en las nuevas industrias dedicadas a la exportación. Parece difícil encajar que el crecimiento económico

*Al contrario de lo que se dice, a la hora de la verdad, se intenta impedir el desarrollo de Marruecos en el momento en que se muestra competitivo con el nuestro*

\*Canarias7, 26 de enero de 2000.

*la globalización  
está siendo  
utilizada por el  
poder para  
diluir sus  
responsabili-  
dades en la  
'revolución  
capitalista' de  
las dos últimas  
décadas*

de países del Sur, basado en las exportaciones, también beneficia a los sectores populares que acceden a las fábricas. Estas mejoras no se han producido, desde luego, porque gente bienintencionada de Occidente haya hecho algo por ayudar a aquellas regiones, pues la ayuda exterior, que nunca es muy grande, ha disminuido últimamente a un nivel prácticamente nulo. Tampoco son el resultado de las políticas benevolentes de los gobiernos nacionales, tan insensibles y corruptos como siempre sino, de manera indirecta e involuntaria, de las acciones de multinacionales desalmadas y empresarios locales rapaces, cuyo único interés era aprovechar las oportunidades de beneficio ofrecidas por la mano de obra barata.

Por supuesto, la imagen de niños fabricando nuestro calzado deportivo en el Sudeste asiático hace que nos sintamos culpables. Pero, si reconocemos que las ventajas de las industrias establecidas en el primer mundo son todavía formidables, tenemos que asumir que la única razón de que se pueda competir con ellas desde los países pobres es la capacidad de éstos para ofrecer mano de obra barata a los empresarios. Y si les negamos esa capacidad, les estamos negando la posibilidad de proseguir un crecimiento económico que resulta vital para los trabajadores de esas naciones. Aliviar nuestra mala conciencia podría condenar a la miseria más absoluta a muchas gentes en el Sur.

En la lucha contra las consecuencias de la globalización económica se están incrustando con demasiada frecuencia las esquivas de los viejos prejuicios ideológicos –de la falsa consciencia, por decirlo con palabras de Marx–, tanto de quienes esperan el advenimiento de la revolución como de aquellos que todo lo encomiendan a los ‘vicios privados’, al mercado. Aunque, a tenor de la historias pasadas, parece excesivo aspirar a que algunos abandonen su identificación con una doctrina por mucho que haya sido desmentida por los acontecimientos. Hace falta, como siempre, analizar de verdad la realidad, y no tratar de encorsetarla, como sea, en las ideas preconcebidas. Entre otras, por dos razones muy importantes: la primera, porque la globalización está siendo utilizada por el poder para diluir sus responsabilidades en la ‘revolución capitalista’ de las dos últimas décadas. Las medidas tomadas –el intento de limitar el estado del bienestar, por ejemplo– no son imputables a los mercados globales, son elecciones de carácter político. Y la segunda razón, porque nos parece absolutamente contraproducente sumergirnos en discursos victimistas que tratan de convencernos de nuestra impotencia ante la economía mundial. Son multitud los

ejemplos –Seattle ha sido el último precisamente– que indican que nuestras posibilidades de actuación, unas veces más importantes otras menos, son ciertas.

#### **4. Pescados**

En este punto los argumentos se repiten, aunque con un añadido importante: a las buenas intenciones de los occidentales, respecto a los salarios de los obreros del Tercer Mundo, tenemos que añadir la preocupación por su medio ambiente. Como nosotros tenemos experiencia, no podemos por menos que ofrecérsela. ¿Cómo conseguimos los occidentales nuestro impresionante desarrollo? ¿Cuáles fueron las características fundacionales de la Revolución Industrial? En resumen, dos: unos ‘salarios de miseria’, y las consiguientes penosas condiciones sociales para el proletariado europeo; y el destrozo de nuestro medio ambiente para extraer cualquier recurso que se nos pusiera a tiro. Efectivamente, partiendo de ahí nos hicimos ricos; luego ya pudimos repartir un poco la riqueza, y así fue llegando, aunque desigualmente, a la mayoría.

Como decíamos, ahora la cuestión principal pasa a ser el desarrollo del Tercer Mundo, para lo cual vamos a impedir que cometan los mismos errores que cometimos nosotros y, en consecuencia, tampoco puedan obtener los mismos beneficios que nosotros obtuvimos. Entre otras cosas porque, como la crisis ecológica pone de relieve, en este planeta no existen recursos para que todos podamos ser ricos, y mucho menos después de haber sometido a la Tierra a las consecuencias de la Revolución Industrial occidental. Así que, si siempre habrá ricos y pobres, como sostiene la derecha, mucho mejor, evidentemente, que los ricos sigamos siendo nosotros. Siempre habrá tiempo de hacer caridad.

Con la pesca vuelve a suceder lo mismo: todas las plegarias por el necesario desarrollo marroquí se tornan lanzas cuando nuestros vecinos de enfrente deciden que una buena parte de la riqueza que producen sus peces debe revertir en su país en vez de en el nuestro. Y entonces nos parece indignante que pretendan ir montando su flota pesquera y descargando en sus puertos los recursos que se extraen de sus costas.

Nuevamente vuelve a surgir la caradura de tantos occidentales, relacionada en este caso con la conservación de los recursos naturales frente a la rapiña a que los someten los pobladores del Tercer Mundo. El ejemplo más paradójico, por su divulgación, es nuestra preocupación por la selva amazónica, el pulmón verde del planeta –después de que los europeos acabaran con la increíble masa fores-

*En Canarias no tenemos ningún problema por negociar con Marruecos a la vez que reconocemos a los saharauis como legítimos propietarios del banco pesquero*

tal de su continente— que hay que conservar. Sin embargo, cuando se trata de efectuar ‘paradas biológicas’, o de contener, sin más, las capturas en el banco sahariano, ponemos el grito en el cielo y se desvanecen, como por encanto, las anteriores preocupaciones ecologistas. No queda más remedio que reconocer que todos los problemas que podamos encontrar en la conservación del banco canario-sahariano deben achacarse, básicamente, a la rapiña de las flotas pesqueras de Occidente, entre las cuales la española ha tenido una actuación estelar. La aportación canaria a esta labor ha sido, y sigue siendo, más que significativa.

En este terreno, conviene hacer una matización fundamental, pues a veces parece que va difuminándose con el paso del tiempo quién es el titular de la propiedad del banco. En Canarias no tenemos ningún problema por negociar con Marruecos a la vez que reconocemos a los saharauis como legítimos propietarios. Es una más de las contradicciones del asunto que tratamos. Una cosa son los principios y otra, muy diferente, los negocios.

### **5. Nucleares**

La Revolución Industrial supuso, en resumen, un importante incremento en la cantidad de energía utilizada hasta entonces por el hombre. El proceso ha culminado en el siglo XX con la explosión de la movilidad en las sociedades desarrolladas. Los automóviles, primero, y los aviones, después, son el emblema de las economías ricas, y las máquinas encargadas de despilfarrar los combustibles fósiles sobre los que se sustenta esta sociedad.

Este proceso supuso el paulatino abandono de las energías renovables utilizadas hasta entonces —la fuerza del viento o del agua y, sobre todo, de la energía de los animales y del propio hombre— y su sustitución por combustibles fósiles —primero, el carbón, después, el petróleo—. Más tarde, en la década de los cincuenta, se comenzó a abogar por los usos civiles de la energía que había visto la luz en Hiroshima y Nagasaki. Se ofertaba entonces como la panacea energética: una energía limpia y eterna. Hoy sabemos que, aunque la radiación no se vea, es la forma más peligrosa que el hombre ha encontrado de transformar una materia en energía. Con el agravante, además, de que la duración de las reservas de uranio será tan escasa como la de las del petróleo. En resumen, era una estafa a largo plazo que produjo enormes beneficios a corto. Justo el tiempo en el que se miden las cuentas de resultados de las empresas y se valora a sus gerentes.

La distancia hizo que Canarias permaneciera alejada de la polémica

*La energía nuclear era una estafa a largo plazo que produjo enormes beneficios a corto*



ca sobre la energía nuclear y sus riesgos. Y los riesgos no son pocos. Ya no se puede defender que la seguridad de las centrales nucleares es suficiente. A pesar de que durante muchísimos años se dedicaron enormes sumas de dinero a la propaganda en favor de este tipo de energía, afirmando que los riesgos eran mínimos, hoy es sabido que los errores en este asunto se pagan demasiado caros. Harrisburg, Tsuruga, Chernóbil, Vandellós, Greifswald y tantos otros nombres que hoy son de dominio público, todos ellos vinculados a diferentes *errores* (en la construcción, en el control, en el mantenimiento, por no hablar del problema de los residuos, que sigue siendo el más complicado y difícil de los que tienen en jaque a la industria nuclear), han enseñado mucho a la opinión pública durante los últimos veinte años. Desde Harrisburg sabemos que ni siquiera la mejor tecnología del Imperio impide el peligro de la industria nuclear. Desde Chernóbil sabemos que tampoco el tipo de igualitarismo unido a la industrialización acelerada al que se llamó 'socialismo' evita la tragedia, sino más bien al contrario. Desde Greifswald sabemos que la ignorancia y la chapuza juntas multiplican el número de cánceres. Y desde Vandellós sabemos que el movimiento ecologista y antinuclear del país tenía razón desde hace muchos años.

Estos *errores* han concienciado a las poblaciones mejor informadas. Son ya varios los países europeos que se han visto obligados a poner fin al uso de la energía nuclear en su territorio: Suecia, Dinamarca, Alemania, Suiza, Austria... Esto hace que en una sociedad democrática y de mercado resulte ya imposible venderle a nadie una central nuclear. Sin embargo, la industria del Norte dispone de muchas otras sociedades de mercado, donde sí pueden imponerse los productos que nosotros rechazamos por el peligro que acarrear. Y los muy democráticos gobiernos del Norte subvencionan gustosos estas actividades: comerciales para unos; criminales para otros. Esto, ni más ni menos, es lo que está ocurriendo enfrente de casa, en Marruecos.

Las especiales características de Canarias –perteneciente al mundo de los ricos, pero situada junto al mundo de los pobres– producen la paradoja de que instituciones que nos gobiernan –la Comisión Europea y el Gobierno español– avalen y subvencionen la instalación de centrales nucleares que ponen en peligro nuestro territorio. No parece muy difícil imaginar las catastróficas consecuencias que para Canarias tendría un escape o un accidente en una central nuclear situada a doscientos kilómetros de distancia. La mera exis-

*La industria del Norte dispone de muchas otras sociedades de mercado, donde sí pueden imponerse los productos que nosotros rechazamos por el peligro que acarrear*

*Los peligros de los residuos y las emisiones de la energía que utilizamos los canarios son muy superiores a los que producirán las centrales nucleares marroquíes*

tencia de esa posibilidad ya puede tener consecuencias terribles para una comunidad que vive básicamente del turismo. Y teniendo en cuenta la dirección tanto de la corriente oceánica como de los vientos dominantes resulta imposible creer en los milagros. El polvo que llega con cada siroco es un recordatorio de lo que podría ocurrir si la arena del desierto estuviera contaminada por la radioactividad.

Como se ve, compartimos el rechazo mayoritario sobre la instalación de centrales nucleares en Marruecos. No obstante, conviene recalcar que los principales perjudicados por esas instalaciones serían los marroquíes y que la solidaridad con ellos debe ser un componente fundamental en esta batalla; también, que es absolutamente impresentable que quienes –CC y PP– han votado en contra de poner fin en quince años a la energía nuclear en España vengan ahora a protestar porque las instalaciones de enfrente van a poner en peligro su industria turística.

Pero el cinismo va mucho más allá de un par de partidos políticos y una votación parlamentaria. Es verdad que la peligrosidad de los residuos de la energía nuclear es enorme y su increíble duración los multiplica. Ahora bien, tampoco podemos olvidar la peligrosidad de los residuos de nuestra energía: el cambio climático que se está produciendo es debido a nuestro desaforado consumo energético, y sus consecuencias pueden ser dramáticas. Especialmente en ciertas áreas geográficas: islas, zonas costeras, áreas próximas a los desiertos, etc. Es decir, en Canarias y en Marruecos.

Sin embargo, la diferencia aquí es de envergadura: Marruecos no ha contribuido a crear ese cambio climático que va a sufrir; nosotros, sí. Y si en el pasado nuestra contribución no fue de las más significativas, hace años que sí lo es. Si admitimos la premisa –opionable– de que todas las emisiones del transporte aéreo que trae a los turistas deben ser imputadas al lugar donde se van a alojar, Canarias es hoy una de las regiones de la Unión Europea que contribuye de manera importante a emitir gases de efecto invernadero y que más ha incrementado en esta década sus emisiones. El ridículo objetivo de la Unión Europea de disminuir sus emisiones en un 8% con respecto a las de 1990, o el vergonzoso de España de aumentarlas un 15%, se revelarían de imposible cumplimiento en Canarias, cuyos incrementos con respecto al año 1990 deben andar ya próximos al 100%. Aceptando la premisa descrita, puede decirse que Lanzarote provoca más emisiones de efecto invernadero por habitante que los territorios más industrializados de Alemania.

En resumen, los peligros de los residuos y las consecuencias de la cantidad de energía que utilizamos los canarios son muy superiores a los que pueden producirse a partir de la instalación de las centrales nucleares marroquíes. Con el agravante, además, de que nosotros estamos consumiendo esa energía para actividades que ya no podemos considerar de primera necesidad. Nuestras necesidades básicas están más que cubiertas, las de los marroquíes no. Y es que hablar de energía no significa lo mismo en el Norte que en el Sur. Para entender la diferencia, pensemos que en China 400 millones de personas no tienen luz eléctrica, un número superior al de la población de Europa Occidental; o que en todo el mundo existen 2.000 millones de personas que no saben qué es la electricidad y, por lo tanto, no disponen de servicios que a nosotros nos parecen, por habituales, imprescindibles para la vida.

Así que dos cosas deben estar claras: nosotros tenemos que disminuir la cantidad de energía que consumimos para contribuir a paliar las justificadísimas necesidades energéticas de países como Marruecos. Ahora bien, esas necesidades no tienen que ser cubiertas, desde luego, de la forma más peligrosa, que también es la más cara. De otra manera, no tienen que crecer como lo hicimos los occidentales: creándole un problema de incalculables consecuencias al conjunto de la vida en el planeta durante los próximos miles de años.

### **6. Energías renovables**

Marruecos debe acometer la resolución de sus necesidades energéticas recurriendo a las energías renovables. Y desde Canarias se le debe ofrecer apoyo técnico y soluciones. Esta es la única propuesta válida que podemos hacer quienes llevamos años defendiendo el uso generalizado de energías no contaminantes. Pero, ¿y la inmensa mayoría, aquellos que continúan diciendo que las energías alternativas no pueden suponer más que una parte insignificante de nuestro consumo energético? Pues, sin embargo, para Marruecos sí ven claro lo que no ven para Canarias.

En los países industrializados se estima que las energías renovables suponen del orden del 5% de la energía primaria consumida. Si se considerara toda la energía hidráulica como renovable, este nivel de participación se situaría en el entorno del 10%. En el Tercer Mundo, la participación global de las energías renovables en el esquema de abastecimiento energético es mayor que en los países ricos; no es fácil dar una cifra, pero es posible que se sitúe de forma global en valores cercanos al 20% del consumo de energía prima-

*Tenemos que disminuir la cantidad de energía que consumimos para contribuir a paliar las justificadísimas necesidades energéticas de países como Marruecos*

ria. Podemos añadir, para entender la moto que nos venden, que la Unión Europea calcula que las energías renovables supondrán en el año 2010 el 12% de su consumo (¡con la energía hidráulica incluida!) y, también, que el consumo de energías renovables en Canarias no debe llegar hoy ni a la mitad de ese escuálido 5% de los países industrializados.

No obstante, nos parece que, efectivamente, Marruecos y Canarias deben encaminar sus esfuerzos hacia una auténtica “estrategia solar”, o sea, a convertir los combustibles fósiles en energías alternativas. En primer lugar, porque resulta ineludible disminuir la contaminación que produce nuestro sistema energético, evitar el calentamiento de la Tierra –o la posible glaciación, según opiniones recientes– que, como decíamos, tendría consecuencias funestas para ambos territorios. En segundo lugar, porque es una irracionalidad económica que un país tan pobre como Marruecos se desangre económicamente al acudir a la más cara de las maneras de obtener electricidad que la tecnología de hoy permite. No podemos olvidar, además, que buena parte de la deuda del Tercer Mundo tiene su origen en la subida de los precios del petróleo; con los años, un par de centrales pueden convertirse en el carísimo muerto que dejaron un par de brillantes multinacionales occidentales con la corrupta colaboración del poder político. En tercer lugar, porque las energías renovables utilizan una tecnología que, como ha demostrado España, está más al alcance de países con escaso desarrollo tecnológico. Y por último, porque tanto Marruecos como Canarias son territorios con unas notables posibilidades para el aprovechamiento de las energías renovables; no nos falta el sol ni una de sus manifestaciones básicas: el viento.

*Marruecos y Canarias deben encaminar sus esfuerzos hacia una auténtica “estrategia solar”, o sea, a convertir los combustibles fósiles en energías alternativas*

Con todo, no puede limitarse la cuestión al intercambio de la oferta francesa de energía nuclear por la oferta canaria de energías renovables. Se trata de transformar el papel tecnológicamente pasivo de Marruecos y buscar una colaboración real. Los canarios debemos contribuir a paliar las dificultades científicas y técnicas de Marruecos. Además, como la parte pudiente de la pareja, debemos correr con los gastos de la investigación, y ser conscientes de la diferencia que supone aplicar la tecnología en un país pobre. No se trata de desarrollar una tecnología para venderla posteriormente, sino de crear una tecnología de propiedad compartida, y que debe ser apropiada para que en Marruecos pueda gestionarse desde las pequeñas o medianas empresas locales, aprovechando entonces el bajo precio de la mano de obra. El riesgo de acabar dando carta de

naturaleza a un competidor tiene que contrarrestarse con la obligación de cooperar con nuestros vecinos próximos del mundo pobre –Marruecos, el Sahara y Mauritania–. No obstante, es muy probable que una política de este tipo produzca beneficios tangibles a largo plazo; claros, aunque no vengan en papel moneda.

### **7. Dictadura**

Todo lo escrito hasta aquí parece ser unidireccional: las responsabilidades canarias, españolas o europeas con respecto a la situación de Marruecos. Es decir, la lista de agravios de una víctima del imperialismo. Y ésta es realmente una parte fundamental de la situación. Pero sólo una parte, porque, desgraciadamente, en este terreno también las costras ideológicas nos están acostumbrando a no ver el bosque. Aunque las responsabilidades no pueden afectar a todos por igual, la historia dista de ser un simple asunto de buenos, los de la colonia, y malos, los de la metrópoli, que es en lo que lo suelen convertir los amigos de lo ‘políticamente correcto’, instalados en su ‘cultura de la queja’. Sin embargo, no conviene obviar facetas fundamentales de la realidad: lo que ocurre en Marruecos, en este caso.

La historia política reciente ha sido realmente negra, tan negra como la de la España de Franco. Los casi cuarenta años de dictadura de Hassan II comenzaron cinco años después de la independencia, en 1961. Astuto y poco escrupuloso, supo sortear tanto al ejército como a las fuerzas políticas, manejando indistintamente la incorporación de algunos opositores al régimen, por cooptación, junto con técnicas represivas de una particular ferocidad y eficacia, tanto contra políticos y sindicalistas como contra militares. Ejecuciones sumarias, torturas, encarcelamientos y desapariciones han jalonado la historia del régimen de Hassan II.

Hace un par de días, como quien dice, tras las elecciones legislativas de 1997, el rey planteaba una apertura del régimen y entregaba el gobierno a un opositor socialista, Abderramán Yussufi, que incorporaba al gobierno, junto a ministros designados por Hassan, a representantes de las fuerzas políticas de la izquierda marroquí. Algunos gestos evidentemente aperturistas en esta etapa inicial –referentes a detenciones, muertos y desapariciones–, así como una cierta liberalización informativa hacen concebir esperanzas de que se estén produciendo algunas mejoras en la situación política del país. El optimismo con que los occidentales han recibido al nuevo rey no parecen compartirlo los saharauis, que continúan sometidos a una feroz represión. Además, el peso de las enormes desigualda-

*La historia política reciente de Marruecos ha sido realmente negra, tan negra como la de la España de Franco*

des económicas y las dificultades que a este respecto añade la política económica impuesta por el Fondo Monetario Internacional no contribuyen a aclarar mucho el futuro de una población cuyas necesidades son bien urgentes.

Un factor relativamente reciente y de hondo calado en la política marroquí proviene de los temores a que esas tremendas desigualdades consigan que los más necesitados acaben inclinándose por un islamismo radical, que aparezca como la única oposición creíble después de la incorporación de la izquierda (socialistas y comunistas) al bloque del poder. El temor a que ésto acabe ocurriendo esconde la realidad de que ya ha ocurrido. Las elecciones de 1997 fueron totalmente manipuladas, como todas en Marruecos, para impedir la constitución de una coalición islamista. Las irregularidades beneficiaron a todo el resto de los participantes. De hecho, dos de los elegidos, miembros de la USFP (socialistas), reconocían que los resultados reales habían sido favorables a los candidatos islamistas. Por supuesto, el silencio de Occidente y de sus muy democráticos medios de comunicación fue casi generalizado.

Esta situación no deja de ser una variante de la que afecta a la mayoría de los países árabes. Desde luego, el miedo al islamismo radical está jugando un papel muy importante en el Magreb, colaborando a engordar un fenómeno ya conocido con anterioridad: a pesar de la unidad de su cultura y de su religión, los tres principales países del Magreb –Argelia, Marruecos y Túnez– están mucho más enfrentados entre sí que con los países europeos. Dos razones pueden ayudar a entender este fenómeno: en primer lugar, el subdesarrollo necesita mucho más de las mercancías de los ricos del Norte mediterráneo y sus mercados de trabajo, para que sea posible el crecimiento de los países del Sur, que de la colaboración interregional. En segundo lugar, los respectivos procesos de formación de la identidad nacional, hasta un preocupante nivel de chovinismo, parecen necesitar buscar más las diferencias con los próximos que preocuparse por los más lejanos.

En esta situación, los aspectos militares juegan papeles nada despreciables, además de contribuir a agudizar la pobreza de estas comunidades. Difícilmente podrá avanzar la sociedad marroquí sin liberarse de su ingente presupuesto de defensa. En consecuencia, las necesidades económicas de Marruecos irían en la dirección contraria de la política militarista que provocó la anexión del Sáhara. Sin embargo, no hay ningún indicio de que la apertura marroquí contemple el abandono del territorio saharauí, y pueda liberarse de

*En Marruecos,  
como en el  
conjunto de  
África, los más  
ricos son  
siempre los  
jefes de estado  
y sus ministros*

los gastos militares para centrar sus esfuerzos en la miseria generalizada que sufre la población. Tampoco de que esa carga pueda ser aligerada por la renuncia de España a territorios que son tan marroquíes como español el Peñón de Gibraltar: Ceuta, Melilla y otros pequeños enclaves –que parte de tu territorio continúe en manos de la potencia colonial no deja de ser un estímulo para los gastos militares–. Pues bien, la conjugación del chovinismo nacionalista y los aspectos militares en el Magreb y en el Sáhara contribuyen también a explicar la apuesta marroquí por la tecnología nuclear (no olvidemos las noticias sobre los trabajos nucleares de los argelinos publicados por *El País* en agosto de 1998). Durante mucho tiempo, el poder nuclear se convirtió para occidentales y soviéticos en bandera tecnológica y orgullo nacional. Hoy ese orgullo estúpido y suicida se reproduce en la India y Pakistán. Los marroquíes pueden estar buscando dos cosas: alimentar ese orgullo nacional que, en ocasiones, puede ser un factor necesario para el crecimiento económico –Inglaterra, EE UU, Alemania y Japón son ejemplos que pueden tenerse en cuenta–; y, después, la bomba nuclear. Fue el mismo hombre que se construyó veinte suntuosos palacios reales a lo largo de su país el que decidió impulsar esta alternativa. Así que aires de grandeza y sueños megalómanos no faltan en esta historia.

### **8. Desigualdad**

Para entender cuál es el nivel de riqueza de la sociedad marroquí podemos empezar por una comparación. Marruecos forma parte de un entorno cuyos resultados económicos en la segunda mitad del siglo han sido sorprendentes. En 1960 las siete economías árabes más prósperas tenían una renta media de 1.521 dólares, superior a los 1.456 que correspondían a los siete países más pujantes del este asiático: Taiwan, Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Tailandia, Malasia e Indonesia. Treinta años después, y con la riada de los petrodólares por medio, en 1991, los países árabes se habían quedado muy atrás: 3.342 frente a 8.000 dólares. Pues bien, frente a esos 3.342 dólares, en Marruecos, sin petróleo, la renta per cápita se estimaba en 1.030 dólares.

Esta enorme pobreza se contrasta, además, con dos cuestiones: la primera, la euforia inicial que acompañó a todos los procesos de descolonización. La independencia parecía presagiar, así se anunciaba, el fin de la explotación, el momento de la recompensa a tantas penurias. Y la segunda, la inmensa riqueza y la ineficacia para el resto de la sociedad, de los privilegiados marroquíes. En

*Las instituciones y la cultura son el componente más importante para el desarrollo; el dinero viene luego*

Marruecos, como en el conjunto de África, los más ricos son siempre los jefes de estado y sus ministros. El paradigma aquí ha sido el latrocinio cometido por Hassan II. El mes de enero pasado, el líder del movimiento islamista Justicia y Espiritualidad pedía al nuevo rey que repatriara la fortuna que su padre había depositado en el extranjero, evaluada en la escalofriante cifra de 8,5 billones de pesetas –aproximadamente un 60% del Producto Nacional Bruto de Marruecos–. Entre las propiedades descritas podemos encontrar colecciones privadas de coches antiguos, de caballos de carreras, de caballos de raza pura sangre, etc. En suma, muy edificante en un país con la renta que hemos reseñado.

Este expolio de un jefe de estado a su propio país –fenómeno bastante habitual– nos da la pauta para resaltar un criterio básico que, cuando hablamos de la pobreza, no siempre se tiene lo suficientemente en cuenta: no es la ausencia de dinero lo que frena el desarrollo. El impedimento fundamental es la falta de preparación cultural y tecnológica de la sociedad, la ausencia de conocimientos y la falta de pericia. Dicho de otro modo, la falta de habilidad para usar el dinero. Las instituciones y la cultura son el componente más importante para el desarrollo; el dinero viene luego. Y así queda de manifiesto el drama que supone para Marruecos que el 60% de su población sea analfabeta. Este hecho contribuye también a explicar que Marruecos ocupe el puesto número 125 en la clasificación sobre desarrollo humano de las Naciones Unidas en 1998.

*Y así queda de manifiesto el drama que supone para Marruecos que el 60% de su población sea analfabeta*

Desde su independencia, Marruecos se ha deslizado hacia una estrategia basada fundamentalmente en la agricultura, a la que se ha ido añadiendo el desarrollo de pequeñas y medianas industrias. Puede decirse que la estructura económica, aunque en proceso de cambio, continúa siendo una mezcla de feudalismo y capitalismo mercantil. No obstante, su progresiva integración en el espacio económico mediterráneo está precipitando una cierta modernización de sus industrias y de su agricultura. Todo parece indicar que este país se encuentra en un momento crucial. El objetivo marroquí es integrarse dependientemente en el espacio económico europeo lo más rápidamente posible, razón por la cual no muestra ningún interés por la dimensión magrebí. Marruecos va a necesitar ese espacio para competir con la pesca y la agricultura española, para seguir ofreciendo su mano de obra, bien exportándola, bien utilizando sus ‘salarios de miseria’ en suelo propio. Puede encontrar algún apoyo ocasional no despreciable, pues Europa acabará siendo consciente de la necesidad real de un cierto desarrollo marroquí



si quiere controlar las problemáticas consecuencias de tanta pobreza en su flanco sur.

Pero los avances serán mínimos mientras no se afronten con claridad los dos problemas básicos a los que nos referíamos: las carencias culturales y las desmesuradas desigualdades. Sin afrontar estos problemas difícilmente podrá la población marroquí resolver el desafío que plantea su propio futuro. Porque la historia nos enseña que la cura más eficaz contra la pobreza reside en sus propias víctimas. La ayuda exterior nunca ha sido más que un ligero alivio, cuando no un serio contratiempo, que llega a desalentar los esfuerzos propios y propiciar complejos de inferioridad que paralizan la actividad. Como dice un proverbio africano: “la mano que recibe siempre está por debajo de la mano que da”.

### **9. Conclusión**

El cinismo y la irresponsabilidad son dos componentes básicos del comportamiento de la sociedad canaria con respecto a Marruecos en todos sus conflictos fundamentales: la inmigración, el conflicto pesquero, el desarrollo de la agricultura marroquí y la construcción de centrales nucleares. Las críticas que se hacen a Marruecos, obviando nuestros comportamientos propios, suelen ser impresentables. Pero debe resaltarse, especialmente, que las peores consecuencias de nuestro comportamiento son aquellas que van dirigidas a impedir que Marruecos alcance un desarrollo económico que le permita competir ya con nosotros en el terreno agrícola y pesquero y, en el turístico, mañana. Defender un puesto de trabajo a cambio de otro en una región quince veces más pobre que la nuestra no debería resultar tan sencillo de explicar como lo está siendo.

El desarrollo económico es una imperiosa necesidad para Marruecos y, sobre todo, para los sectores más débiles de su población. Y mientras no puedan desarrollarse allí, seguirán llegando pateras aquí. No podemos olvidar que la exportación de mano de obra ha sido en muchas ocasiones un componente fundamental del desarrollo económico. Tener que recordar esto en Canarias muestra hasta que punto la amnesia se convierte en un componente fundamental de la cultura de masas.

En el mundo de hoy, el principal problema que afrontamos es la tremenda desigualdad económica entre el Norte y el Sur. En el mundo de hoy, el primer problema ecológico es la extrema pobreza de miles de millones de personas en el Sur. En el mundo de hoy, desigualdad y escasez de recursos pueden traducirse por necesidades energéticas. La energía, su uso y la forma de obtenerla van a cons-

*La exportación de mano de obra ha sido en muchas ocasiones un componente fundamental del desarrollo económico*

tituir el gran reto de la civilización en las próximas décadas. ¿Llegaremos a tiempo de evitar las peores consecuencias del efecto invernadero? No es ésta una posición apocalíptica; sino mero realismo.

*Nuestro  
impresentable  
comportamiento  
energético  
no puede servir  
de justificación  
para someter al  
pueblo  
marroquí a los  
peligros de la  
energía nuclear*

Por lo que a la energía nuclear se refiere, nuestro impresentable comportamiento energético no puede servir, en ningún caso, de justificación para someter al pueblo marroquí a los tremendos y ciertos peligros que supone la energía nuclear. Peligros que no son literatura, como demuestran varias décadas de accidentes; publicados unos, escondidos otros. La alternativa nuclear es impresentable también por sus desproporcionados costes; quizá una clase dirigente ineficaz y ávida de dinero explique una opción apoyada por una poderosa industria. El sector dedicado a las energías renovables no dispone, hasta la fecha, de capacidad para corromper voluntades.

A pesar de todo, es razonable que los canarios tratemos de evitar la parte del peligro que nos afecta. Pero no ignorando los peligros que nosotros mismos causamos, que deberían ser, lógicamente, los primeros que tendríamos que afrontar. El comportamiento del Gobierno de Canarias, de Coalición Canaria y el Partido Popular, recibiendo a la Plataforma Antinuclear después de haber votado en contra del desmantelamiento de la energía nuclear en el parlamento español es una muestra de ese cinismo al que nos hemos referido, una muestra del camino que tenemos evitar. Las responsabilidades de los canarios deben impedir que nuestra lucha contra la industria nuclear y su instalación en Marruecos pueda limitarse a denunciar lo que pasa allí olvidándonos de lo que ocurre aquí.